

nos, como entre otras cosas el color y corte del sayal, la disciplina en las comidas, los pormenores que se han de observar al cantar los maitines y en los ayunos, todas cosas que dieron mucho en qué pensar al ya citado reformador Proles. En semejante atmósfera monacal habían de asfixiarse espíritus como el de Lutero ó huir de ella en busca de aire y luz.

Ideas y deseos reformadores menos mezquinos, pero siempre modestos, animaban á muchos eclesiásticos y laicos, que deseaban verlos realizados por concilios como los de Constanza y Basilea. La necesidad urgente de una reforma radical de la Iglesia era una convicción general, pero también lo era la imposibilidad de verla realizada jamás. No faltaron tampoco voces que en tono irritado decían que la supremacía del Papa sobre los concilios era la peor y la más peligrosa de todas las herejías, la muerte de todas las esperanzas de la cristiandad, á la cual, suprimido el poder reformador de los concilios, ya no quedaba más recurso que la rebelión. Los que tales quejas exhalaban eran, no obstante, gente que habrían sido los primeros en condenar todo conato de rebeldía. Criticaron los abusos con toda la dureza posible, pero al mismo tiempo tuvieron gran cuidado de hacer gala de su sumisión incondicional á la Iglesia. Estos críticos, los Geiler de Kaisersberg y los Wimpheling, eran incapaces de prestar su cooperación á una reforma faciosa ni de examinar mucho menos con criterio independiente las doctrinas de la Iglesia, sin lo cual todas las tentativas para alterar su sólida trabazón no podían producir resultado alguno notable. Tan sumisos eran los alemanes, que la modesta independencia de la Iglesia galicana les parecía un ideal que ellos jamás podrían alcanzar. Desde el concordato de Viena habíanse hecho varias tentativas tímidas por el imperio alemán á fin de obtener la sanción papal para la supresión de abusos en la Iglesia de Alemania, llegando hasta á amenazar á la curia con el abandono y deserción de los príncipes alemanes, «que habían despertado de su letargo» y serían capaces de sacudir el yugo de Roma y restituir al pueblo alemán su antigua libertad. En Roma, donde se conocía á los alemanes, á sus príncipes, sus discordias interiores y su oposición á toda autoridad imperial, así como la manera de contentarlos, se reñan de semejantes amenazas pueriles; y no pensaba la curia en dejarse arrebatar un palmo del terreno que había ganado. Los papas para asegurar su elección juraron convocar un concilio, reformar la disciplina de la Iglesia y muchas otras cosas; pero no dió resultado alguno la acción del obispo de Carniola, Andrés, que en el año 1482 hizo pegar á las puertas de las iglesias de Basilea carteles convocando un concilio general. Su llamamiento no encontró eco y él murió en el calabozo. El partido reformador entre los príncipes, acaudillado por el elector de Maguncia, Bertoldo, no tuvo más objeto al presentar sus quejas en nombre de la Alemania que hacer entrar en las arcas vacías del imperio una parte de las sumas que anualmente pasaban del país á Roma. Bertoldo no omitió ocasión alguna de hacer sentir á su clero su dignidad y autoridad episcopales, no obstante la entereza con que exponía á los cardenales y al Papa el peligro que corría la Iglesia si no se reformaban los abusos. Uno de los peligros que señaló en 1486 era la imprenta, y propuso la creación de una censura previa; con esto queda calificada la extensión de sus ideas de reforma. En el año 1500 envió el parlamento una embajada á Roma con quejas en materia eclesiástica, pero el astuto legado del Papa, Raimundo Perandi, arregló el asunto prometiendo compartir con el tesoro del imperio el producto que dieran las indulgencias que con motivo del nuevo jubileo se vendían en Alemania. Esta manera de crear recursos al imperio por medio de una explotación eclesiástica extranjera, redundó solo en beneficio del rey de Ro-

manos (el emperador de Alemania), porque el gobierno creado por el parlamento fué de cortísima duración.

Maximiliano se sirvió de las cuestiones eclesiásticas, como de todo, solo para los proyectos de su inconstante y variable política, que abandonaba y derribaba hoy lo que había levantado ayer. Tan pronto procedía en calidad de rey de Alemania como hacía alarde de ser fiel aliado del Papa; dejó que se le celebrase en Alemania como encargado por el destino de reformar el gobierno de la Iglesia romana y del clero, y se alió estrechamente con el belicoso papa Julio II, que con sus empresas guerreras produjo la exasperación de todos los amigos verdaderos de la Iglesia. Pero cuando este Papa se alió súbitamente en 1510 con los venecianos, enemigos suyos y de Maximiliano, fué grande la ira de éste, y hasta concibió el proyecto de asociarse con Francia para reformar unidos y con las armas el pontificado, «por las grandes maldades y engaños que él y sus predecesores habían cometido y que él seguía cometiendo diariamente.» Por lo pronto excitó Maximiliano á los turcos para que se apoderaran de la Dalmacia, perteneciente entonces á la república de Venecia, y mientras los franceses clamaban por un concilio general, se propuso castigar al Papa quitándole las annatas del clero alemán y reclamando el nombramiento de un legado especial para la Alemania. En el parlamento de Worms del año 1495 se llegó á hablar de nombrar un patriarca jefe de la Iglesia alemana independiente de Roma; mas hasta este extremo no quiso llegar Maximiliano, y Wimpheling, su asesor en materia eclesiástica, le aconsejó que renunciara á toda hostilidad contra la curia, la cual con la cooperación de los prelados y frailes mendicantes alemanes podía causarle una guerra peligrosísima y hasta hacerle destituir y elegir en su lugar á otro emperador por los príncipes electores. Cuando Maximiliano recibió la contestación de Wimpheling estaba ya en tratos con el Papa, para volver después á reñir con él, y habiendo enviado concibió entonces aquel descabellado proyecto de ceñirse la tiara. Luego se adhirió á medias al concilio anti-papal reunido por obra de Francia en Pisa; después se pasó con armas y bagajes al Papa y al concilio de Letran, en el cual los enviados del emperador, al presentar sus homenajes al Papa, le trataron nada menos que de Dios en este mundo terrenal. Este concilio renovó la bula de Bonifacio VIII *Unam sanctam*, y anuló la pragmática ó concordato del año 1438; de modo que todas las luchas á favor de una reforma de la Iglesia en Alemania acabaron con señaladísimo triunfo del papado, siempre incorregible, y los parlamentos de Alemania continuaron, como antes, tratando de las eternas quejas de abusos de la curia romana.

Menos ruidosos y de mayor trascendencia fueron los cambios que en un gran número de Estados alemanes se introdujeron en las relaciones entre el poder civil, territorial y la Iglesia, porque las aspiraciones autocráticas de los soberanos alemanes, que pretendían para sí la más completa libertad, se avenían muy mal con la libertad ilimitada de la Iglesia. Ya en el siglo XIV había dicho el duque de Austria Rodolfo IV, como verdadero príncipe absolutista: «En mis dominios quiero ser Papa, arzobispo, obispo, arcediano y dean.» En el curso del siglo XV lograron los soberanos alemanes privilegios papales que á muchos de ellos concedían una gran autoridad sobre la Iglesia de su territorio. Así un soberano tan buen católico como el príncipe Jorge de Sajonia pudo decir que él en sus dominios era Papa, emperador y gran maestro de la orden teutónica, y pudo decirse también que la Iglesia, á pesar de la aparente omnipotencia papal, entró en el siglo XVI en realidad conmovida hasta en sus cimientos. El príncipe elector de Brandeburgo disponía libremente de tres obispados de sus dominios, y tanto él como los soberanos de

Austria y de Sajonia ejercían con autorización pontificia el derecho de visita en los conventos de sus territorios.

Las ordenanzas del año 1446 de Guillermo III de Sajonia representan una verdadera legislación eclesiástica, en la cual el soberano se reserva introducir las reformas que le plazcan en los conventos y velar sobre la conducta del clero. Estas ordenanzas ponen fuera de la ley á los que apelen á tribunales extranjeros, es decir al Papa, y amenaza con la suspensión temporal á los eclesiásticos que admitiesen cartas en las cuales se trataran asuntos no eclesiásticos. El duque Federico de Sajonia mandó prender en 1458 al nuncio Marino de Fregeno, por haber faltado á un convenio hecho entre él y el duque.

El clero comprendió luego que los doctores en derecho romano eran los que más contribuyeron á la organización y extensión del poder monárquico, y muchas son las quejas que encontramos en los escritos de los eclesiásticos de aquel tiempo (y mayores las de los curas protestantes en el siglo XVI) contra la rudeza é impiedad de los consejeros de los soberanos alemanes; de modo que la organización de la Iglesia protestante en los diferentes Estados alemanes no fué más que el desenvolvimiento de estas circunstancias existentes mucho antes y que habían sido provocadas en parte por los mismos papas con su empeño de impedir la reunión de concilios; con la particularidad de que el fruto de todo este movimiento no fué recogido sino por los monarcas, tanto católicos como protestantes.

La ingerencia de los soberanos en la provisión de los cargos eclesiásticos y en la organización de la Iglesia, no siempre fué ejercida conforme exigía el principio reformador del clero, pero era el único medio de frenar su desmoralización, como lo demostró la experiencia en muchísimos conventos que si reformaron sus costumbres fué solamente bajo la presión constante del poder civil. El marqués de Brandeburgo, Alberto Aquiles, redujo por la fuerza á la obediencia al clero de sus dominios en Franconia, que no quería pagar las contribuciones. En Kulmbach, no queriendo los clérigos dar sepultura á los muertos para cumplir el entredicho, el jefe de la fuerza armada hizo depositar los cadáveres ante la puerta de la casa del cura párroco.

El poder civil se dejó sentir, no solamente en el terreno de la Iglesia, sino en todas partes de Alemania y en todos los terrenos. Todo lo fué absorbiendo á imitación de la Iglesia, que había dado el primer ejemplo y el más imponente de la centralización en un país donde, según Eneas Silvio, el servilismo abyecto había llegado á tanto, que las gentes decían: «Tenemos siempre la misma religión que nuestros soberanos; adoráramos á los ídolos si ellos los adorasen, y si ellos lo pidiesen, no solamente renegaríamos del Papa, sino de Cristo mismo.»

En el siglo XV, sin embargo, estaba todavía más viva la fe religiosa del pueblo alemán y hasta solía manifestarse de una manera casi temible.

CAPÍTULO V

LA RELIGION DEL PUEBLO ALEMÁN

Los escritores italianos de la época del Renacimiento manifiestan con frecuencia gran sorpresa al notar la fe religiosa de los alemanes, y éstos hacían gala de ella en sus escritos. La Iglesia los dominaba, en efecto, á pesar de las quejas que les arrancaban sus escandalosos abusos. Sin embargo, esta sumisión y esta fe religiosa tenían algo de enfermizas; mientras hubo almas fanáticas que exageraban sus impulsos religiosos hasta acabar en monstruosidades, otras, como asfixia-

das, anhelaban encontrar la salvación, que entreveían sin poderla alcanzar. Todas sentían instintivamente la proximidad de una tempestad, de un trastorno religioso y social, de que había dado ejemplo la revolución husita en Bohemia. En efecto, las riquezas excesivas de los templos y del clero estaban abocadas ya al cataclismo en que debían desaparecer. El fausto y la ostentación del culto y de sus servidores habían llegado á su colmo, porque ni antes ni después ha producido la Alemania templos tan magníficos y en tan gran número como entonces, y no parecía sino que todos los alemanes se habían convertido en picapedreros, escultores y pintores. En Dantzig se construyeron de nueva planta ó se acabaron en el curso del siglo XV nada menos que ocho iglesias, y en la pequeña ciudad de Stuttgart existen tres iglesias de fines del mismo siglo. Verdad es que las catedrales más imponentes habían sido empezadas ya en época anterior, y la arquitectura gótica había pasado ya su período de apogeo y ocultaba su decadencia con una fecundidad asombrosa de adornos variados y caprichosos, reflejando con esto fielmente el estado de la Iglesia, que entonces ocultaba el germen de la muerte que llevaba en su seno con una gran fastuosidad exterior. Es, sin embargo, indudable que existía una fe religiosa avasalladora, como lo demuestran los monumentos que produjo hasta en lugares insignificantes y que costaron sumas inmensas, á las cuales contribuyeron ricos y pobres con donativos en dinero y en especie, haciendo ofrenda de sus mejores alhajas, ganado, armas, prendas de vestir, trigo y otros productos, y de fincas, casi siempre para asegurar los donadores la salvación de sus almas en el otro mundo y poder vivir en compañía de Dios y de sus santos, á los cuales todos anhelaban mostrar su cariño. Mucho contribuyó también el patriotismo local, que excitó á su vez la emulación y rivalidad entre los donantes, y algo la corriente artística, de cuya existencia nos hablan los mismos monumentos diseminados por toda la Alemania; porque las iglesias de la Edad media eran como los templos de los antiguos á la vez museos del arte y depósitos de tesoros. Los fieles se veían en las iglesias rodeados de los recuerdos más gloriosos y de obras maestras del arte. Allí se confundían las aspiraciones espirituales con las terrenales. Observadores severos como Geiler de Kaisersberg criticaban tanta afición á las obras de arte, porque excitaban los sentidos y apartaban el alma de la meditación religiosa. Los bellísimos colores con que los rayos solares al pasar por las grandes ventanas de vidrios pintados esmaltaban el suelo, las columnas y elevadas bóvedas del templo, los vasos sagrados y otras alhajas de oro y plata que se ostentaban en los altares, las esculturas doradas, todo esto no podía menos de cautivar la imaginación; ¡y pensar que todo este entusiasmo religioso había de trocarse en odio y abominación idólatra! Tanta riqueza, tanto oro, tantas preciosidades amontonadas, á menudo sin gusto, en las iglesias, debían dar que pensar tarde ó temprano á los hombres reflexivos. La basílica de Berna guardaba la cabeza de San Vicente dentro de un marco de oro que pesaba más de 16 libras y estaba adornado, además, con una piedra preciosa de un valor inestimable. La misma iglesia tenía 70 cálices de oro, 50 de plata, tres ataúdes de oro y varios de plata, 450 vestiduras sagradas riquísimas y adornadas de piedras preciosas. En el año 1462 el abad de Tegernsee adquirió para su iglesia dos brazos de plata, cuatro custodias, varias imágenes preciosas de santos, un pectoral de oro con piedras preciosas engastadas, una gran mitra, una cadena, una cruz, 18 cálices y muchos relicarios. La catedral de Passau tenía 20 brazos de plata, que se usaban entonces mucho para relicarios; es decir, que el lujo era excesivo y hasta bárbaro, tanto en las iglesias y en la religión en general como en la sociedad en aquella época.